

CRONICA UNIVERSITARIA

Aparición retardada.

El presente número de la Revista viene muy retardado, sin que el interés y esfuerzos de su Dirección hayan bastado para obviar los inconvenientes que impidieron su aparición oportuna. Una huelga general de tipógrafos de la casa que la imprime y de los demás talleres gráficos, ha sido la causa de fuerza mayor que impuso aquel retardo.

En lo corriente del mes próximo esperamos restablecer su periodicidad normal.

LA DIRECCIÓN

Apertura de clases.

El día 28 del mes de Abril y en el salón de grados de la casa, se realizó con alguna solemnidad la ceremonia de la apertura de las clases de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, presidida por el señor rector del instituto y personal docente de dicha escuela. Con tal motivo, se pronunciaron los discursos que van a continuación.

Del Señor Rector, Dr. Eliseo Soaje, que abrió el acto:

Empiezan de nuevo las tareas propias de esta histórica universidad, la que como institución de Estado debe orientar sus estudios de acuerdo con los progresos alcanzados por la civilización y principalmente con las actividades de nuestro país: en artes, en industrias, en fomento económico, en ciencias políticas y en ciencias sociales.

Dentro de estas ideas, las distintas facultades y escuelas técnicas, han conformado sus métodos de enseñanza y programas de trabajos experimentales, procurando que los alumnos obtengan todos aquellos conocimientos útiles para la vida profesional y además el saber que se atesora con la observación constante y los trabajos independientes de investigación que aumentan la confianza en sí mismo con la suma de verdades demostradas con ciencia racional y positiva.

El personal docente y técnico formado en su mayoría, por hombres de ciencia, por pensadores originales y laboriosos e inteligentes investigadores, ha de guiar a la juventud estudiosa por el laberinto de los arduos problemas científicos, sociales, políticos y filosóficos que deben resolver, sometiéndose a rigurosas disciplinas científicas necesarias, a fin de transformar las aulas en gabinetes de estudio y de ordenados trabajos prácticos y experimentales.

Persistiendo en estos elevados propósitos, profesores y estudiantes, con decidida voluntad y acción eficiente, se aumentará la producción cultural de esta célebre universidad, levantando sus prestigios legítimos como centro principal de la intelectualidad de la Nación Argentina.

Por disposiciones legislativas las universidades nacionales gozan de cierta autonomía financiera, con limitaciones que las deja siempre colocadas bajo la autoridad del gobierno. La intervención del Estado se hace imprescindible en la mayoría de casos, para completar la organización universitaria y asegurar la independencia de las nuevas escuelas técnicas y profesionales.

Confiamos en que las supremas autoridades de la Nación sabiamente inspiradas en patrióticos anhelos, dotarán a esta universidad de los elementos precisos para alcanzar el objetivo de una cultura intelectual verdadera”.

A continuación el Dr. Carlos E. Deheza, en su carácter de decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, pronunció este discurso:

Señor Rector,
Señores Consejeros,
Profesores y alumnos:

En cumplimiento de una prescripción reglamentaria, me toca el alto honor de presidir, en horas de intensa expectativa nacional, esta asamblea de profesores y alumnos, como acto solemne de inauguración de los cursos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Y digo en horas de intensa expectativa nacional porque los últimos sucesos acaecidos en la vida universitaria de este pueblo han traído sobre la Universidad de Córdoba la atención de todo el país que observa, con marcado interés, la marcha y desenvolvimiento de sus institutos superiores de enseñanza.

Alguien, a no dudarlo, se sentirá aún alarmado por las resueltas del sonado movimiento estudiantil últimamente operado en la ciudad docta y señorial. Yo, sin embargo, no comparto tales sobresaltos, porque considero que él no ha perseguido otro objetivo que el de inyectar, como glóbulos rojos, el moderno espíritu científico en el organismo superior de la enseñanza, para levantarlo y fortificarlo y ponerlo en condiciones de realizar plenamente su función cultural.

Analizando con serenidad los acontecimientos, a la clara luz de una razonada experiencia, se observa que toda revolución engendra por la expansión de las ideas, no es más que un síntoma de la evolución, cuya fuerza dinámica trabaja constante y progresivamente en el interior de las sociedades humanas. La Universidad, como organismo que desempeña una función social, siente dentro de sí, también ese proceso evolutivo; siente el afán de la realización de sus destinos y de arbitrarse los medios necesarios a tal objeto; siente, en una palabra, la inquietud del ideal, que tiende, día a día, a la conquista de su perfección.

Por eso cuando una fuerza poderosa, sea la fuerza inerte de la tradición, sea la fuerza viva de la voluntad de los hombres, obstaculiza su imperiosa marcha ascendente, la evolución toma la forma

de una revolución; no de la revolución que corre locamente con la tea incendiaria en la mano, sino que serena y conscientemente camina con una antorcha de luz. El procedimiento violento es, sin embargo, accidental y pasajero y por lo mismo que no está animado de intereses pequeños y egoistas, pronto vuelve a la normalidad, sin rencores ni acritudes. En el firmamento de las almas, solo queda, entonces, una constelación de ideas que iluminan los nuevos derroteros a cuya claridad, los obreros del pensamiento seguirán trabajando el camino que ha de acercarlos a la anhelada cumbre.

Este y no otro debe ser el espíritu de la reacción que se agita en el ambiente universitario.

Significa, por otra parte, la imposición de los nuevos métodos científicos positivos de la investigación, sobre los viejos y caducos sistemas que hicieron ya su ciclo y que vienen sufriendo serios quebrantos desde Bacon, Descartes y Pascal en filosofía; desde Newton en física; desde Kepler, Galileo y Copérnico en astronomía; desde Colón en geografía; desde Mongolfier y Fulton en la industria.

La Universidad de Córdoba en los primeros tiempos de su existencia, respondió, sin duda, a las exigencias del medio ambiente. Levantada sobre un pueblo de vida simple, impregnado de un intenso espíritu religioso, fué en sus comienzos una escuela de teología, donde imperaron los métodos metafísicos y escolásticos. La concepción ideológica de la ciencia, marcó durante mucho tiempo los rumbos de su enseñanza.

La influencia del tipo napoleónico, modificó, después, en parte el molde clásico; pero siempre continuó siendo un instituto esencialmente profesional, con caracteres escolásticos. La cultura científica general que formaba parte de la enseñanza, adquiría más bien un aspecto declamatorio y ornamental y las generaciones, unas tras otras, se constituían, bajo las mismas formalidades, en depositarias de las verdades inmutables encerradas en el cofre de la tradición. Con todo, nuestra Universidad fué la guardadora de la cultura de la época. Con ella nutrió los cerebros de los hombres que más des-

collante actuación tuvieron en el escenario nacional, a quienes había, por otra parte, templado en la enseñanza de esa moral austera emanada de los clásicos y cuya lectura era familiar en sus aulas.

Pero donde se perfila más netamente la influencia gloriosa de nuestra casa secular, es en la vida democrática del pueblo argentino. Las doctrinas filosóficas sustentadas en sus aulas fueron cultivando ese espíritu de rebeldía al poder omnímodo de la metrópoli. La libertad política de las provincias del Plata puede decirse que se incubó en la Universidad; de ella partió el impulso del movimiento que fué a culminar en la jornada de Mayo.

De esta manera la Universidad de Córdoba, desempeñaba un rol importante que ilustres pensadores han querido, injustamente, desconocer. La influencia política y democrática de la Universidad en el pasado es un hecho que se advierte sin esfuerzos del estudio imparcial de su desenvolvimiento histórico.

Si su foco científico no tuvo tan amplias y esplendorosas irradiaciones, culpa fué en gran parte del estado de la ciencia y de los sistemas reinantes en esa época. La Universidad, en ese particular, vivía en una especie de "espléndido aislamiento" y sólo el núcleo de sus privilegiados recibía las lenguas de fuego de su inspiración. La mayoría del pueblo contemplaba con religioso respeto las severas líneas de su contorno arquitectónico y poco trascendía lo que se elaboraba en aquella arca cerrada, lo que se oficiaba en aquel *santa sanctorum* de la ciencia. De ahí, también, que la realidad de la vida misma pocas veces logró penetrar a través de esos espesos muros. Sintetizando la actuación de nuestra vieja Universidad, yo digo con un ilustrado profesor de esta casa, el Dr. Enrique Martínez Paz, "que Córdoba en su pasado ha sido, foco de irradiación moral y democrática, hogar de alta cultura; las agudas contiendas civiles la convirtieron después como los conventos de la Edad Media, en depositaria de nuestra única tradición de paz y solidaridad".

Llegó un momento, sin embargo, en que en el ambiente se dejaron sentir ideas nuevas, engendradas por el choque mismo de las corrientes humanas. Una cantidad de factores, de todo orden, a

saber: el aumento de la población, el acrecentamiento de la riqueza, el progreso de las industrias, el incremento de la inmigración, trajeron como consecuencia la complejidad de la vida y el germen de nuevos ideales colectivos, por otro lado, la profunda cerebración universal que hizo progresar las ciencias y las artes. Todo imponía, pues, la reforma de los planes arcaicos de la enseñanza. Fué entonces que el Dean Funes en 1813, con su famoso Plan, dió la primera arremetida de importancia.

Luego Vélez Sarsfield con su nuevo sistema de interpretación del derecho y de la adopción de modelos nuevos para su obra monumental del Código Civil. Así, sucesivamente, hasta épocas recientes, los sistemas netamente clásicos han ido sufriendo transformaciones más o menos trascendentales, de acuerdo a las premiosas exigencias del medio ambiente. Si, con todo, esas reacciones parciales no han logrado colocar a esta casa en condiciones que satisfagan cumplidamente las tendencias modernas de la enseñanza, ellas han realizado una obra valiosa en el sentido de preparar todos sus elementos para realizar su programa definitivo en un futuro próximo.

El último aldabonazo dado en nuestra Universidad, ha sido recio. Las puertas seculares se han visto precisadas a abrirse de par en par para dar entrada a una fortificante racha de espíritu científico contemporáneo, que la pondrá en condiciones de asimilar, en más o menos tiempo, los últimos acontecimientos pedagógicos y de conquistar un puesto prominente entre los modernos institutos de enseñanza.

No se vaya a creer, que al hablar de ideas nuevas cruce por mi imaginación el menor pensamiento irrespetuoso por la tradición de esta casa. Al contrario, tengo veneración por ella y admiro la obra realizada. Más aún creo que entre el pasado y el presente de nuestra Universidad no hay ni puede haber antagonismo alguno y cada cual llene el rol que le corresponde. La Universidad de Córdoba será siempre el alma mater de la intelectualidad argentina. Las mutaciones que todos reclamamos en su organismo científico, son aquellas que obedecen a un natural proceso de evolución; las que tienden a adaptarlo plenamente a las funciones que debe desempeñar,

para cumplir esa obra cultural, esa misión verdaderamente científica y trascendental, que ambicionan las sociedades modernas.

El objetivo de la Universidad actual rebasa, en su intención primordial, los límites utilitarios del profesionalismo; pasa rozando si se quiere los dominios económicos, para ir a fecundar directa y principalmente las regiones puras de la ciencia.

La Universidad moderna tiende al estudio de la ciencia por la ciencia misma, a la penetración del espíritu científico por el método de la investigación. Busca el descubrimiento de la verdad, en cualquier parte donde ella se encuentre, sin ir abroquelada en dogmas y prejuicios que coarten su libertad de acción. Es de estas ideas sustanciales que se nutre el moderno concepto universitario que, a decir verdad, es fruto innegable del siglo XIX, ya que en virtud de él, según Paulsen, las viejas escuelas se han convertido en academias, talleres y viveros de investigación científica, donde el trabajo intelectual productivo y la invención forma parte esencial de la labor.

Hasta llegar a estas conquistas, las universidades han sido más que todo escuelas profesionales, donde a la vez el individuo adquiría, secundariamente, los ribetes de una cultura general.

El molde profesional o napoleónico lo encontramos particularmente en Francia, en España, y en la mayor parte de nuestros Centros Culturales superiores. Sería vano negar que la Universidad de Córdoba ha sido principalmente un taller de abogados, de médicos, de ingenieros, etc.; lo que no ha obstado sin embargo, para que hayan florecido en ella personalidades ilustres que han irradiado por el país el esplendor de su propio genio. El investigador científico, el sabio, ha sido y es un producto muy escaso de la Universidad y lo será hasta tanto las corrientes superiores de la enseñanza no se orienten definitivamente por los modernos cauces; hasta que la Universidad adquiera el perfecto funcionamiento de sus nuevos y necesarios organismos.

Inglaterra y Estados Unidos, sin borrar por completo la fisonomía clásica de sus institutos, han adelantado enormemente en el sentido de las modernas orientaciones. Las universidades inglesas

de Oxford y Cambridge y sus similares americanas realizan actualmente una evolución manifiesta, si bien el verdadero espíritu académico no reside aún en ellas y los nombres de la mayor parte de sus personalidades científicas no están precisamente vinculados a su existencia.

Los sajones han creado instituciones especiales que por sus curiosas características merecen mencionarse. Son estas los llamados social settlement, que constituyen desmembraciones de la universidad, enclavadas en el corazón de los barrios obreros y miserables de Londres y de Nueva York. En ellas se estudian, con especialidad los problemas que tienen íntimo contacto con el proletariado y en su escenario propio. Así en las cárceles y presidios, la criminalidad; en los asilos de mendigos y vagabundos y las agencias de colocaciones, la desocupación, la vagancia y los accidentes del trabajo; en los puertos y asilos de marineros, la inmigración y las características de la marea humana; en los grandes centros obreros, las condiciones de la vida del trabajador, de sus mujeres y de sus hijos.

Hermosas creaciones son estas del espíritu moderno que patentizan el carácter práctico sajón. Dado nuestros recursos económicos y la estructura de nuestras leyes educacionales, difícil sería su adopción; pero a ser ella posible facilitaría grandemente el estudio y solución del problema social a que están abocadas, actualmente, las viejas civilizaciones del mundo y que tarde o temprano repercutirá en nuestras jóvenes democracias.

El tipo más moderno de universidad lo encontramos, sin duda, en Alemania. Los pensadores y escritores franceses e ingleses a quienes desvelaban las cuestiones de enseñanza superior en sus respectivos países ya venían desde hace tiempo llamando la atención sobre la transformación de las universidades alemanas y reclamando la implantación de iguales sistemas en Francia e Inglaterra.

En Alemania la descentralización de la enseñanza superior y la autonomía de cada universidad es un hecho verdadero. Cada centro universitario, desde los más importantes hasta los más modes-

tos, tiene amplia libertad para gobernarse y para imprimir a sus planes de enseñanza las orientaciones que estime conveniente. Por otra parte, la separación de la universidad de los institutos donde se cultivan los conocimientos prácticamente técnicos y profesionales, permite imprimir un poderoso vuelo al estudio e investigación de la ciencia pura, que es en realidad, lo que singulariza al tipo universitario. La institución característica de la universidad alemana es la de sus seminarios o laboratorios de investigación particular, que tiene lugar entre profesores y alumnos. Allí es donde el profesor en contacto íntimo y directo con los estudiantes, enseña los caminos de la ciencia, los métodos de investigación de la verdad; allí es donde se desarrolla el amor a la ciencia y al trabajo, donde los alumnos, verdaderos colaboradores del profesor, se interesan por los problemas científicos y disciplinan sus facultades intelectuales; allí, donde se va acumulando centavo por centavo, el capital intelectual que debe dar un día intereses científicos fabulosos.

Completa el sistema alemán, la docencia libre y la absoluta libertad tanto de enseñar como de aprender, desde que no hay programa alguno al que profesores y alumnos deban ajustarse. La cursación de un número determinado de semestres y un examen final sobre las materias en general, acredita la competencia del estudiante para el título universitario. El Estado somete a pruebas por su parte, con tribunal propio, al alumno que quiera adquirir el título profesional o que le sirva para ocupar los puestos rentados de la administración nacional. Tan poderosa es la influencia de la organización universitaria alemana que Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, van adoptando sus sistemas sin despojarse por eso completamente de su sello tradicional.

Este rápido esbozo comparativo, nos permite ver, en sus líneas más salientes, la tendencia moderna de la enseñanza universitaria. El estudio meditado de cada sistema educacional extranjero por un lado y por otro la característica de nuestro medio, la idiosincrasia y el carácter nacional nos indicarán cuales son los métodos asimilables y convenientes a la perfección de la enseñanza entre nosotros.

La discusión ilustrada de nuestros educacionistas y pensadores y los anhelos de la juventud universitaria francamente expresados por sus órganos correspondientes, aportarán elementos preciosos a la solución de tales problemas. Mientras tanto esforcémonos por hacer de esta Universidad de Córdoba un instituto con perfiles netamente nacionales donde se funda el cosmopolitismo de las razas pobladoras, para moldear en bronce sonoro el tipo nacional, animado de un espíritu amplio y noble de argentinidad. Extraigamos, mientras tanto, del organismo presente, todo el caudal científico que sea posible.

Para llenar cumplidamente su misión de cultura científica y social, nuestra Universidad debe intensificar el esfuerzo realizado hasta ahora. El triunfo se debe más a la obra laboriosa de los hombres que a las disposiciones de los reglamentos; la perfección de estos es el resultado, en el tiempo, del trabajo inteligente y tenaz de aquellos. En la ilustración, conciencia y buena voluntad de los profesores y en la dedicación y anhelo de aprender de los alumnos, radicará el éxito: en los maestros porque son el alma de la casa, los manantiales vivos de su ciencia; en los alumnos porque son los sujetos de la educación científica, los campos espirituales que van a ser fecundados con esas corrientes puras.

Por lo que toca a esta facultad, creo sinceramente que se encuentra en un momento propicio para desarrollar una obra eficiente. Su cuerpo de profesores está representado por viejos y experimentados maestros, de probada competencia científica, abonada en sus largos años de enseñanza y por jóvenes profesores, pletóricos de espíritu universitario, que se han destacado por su talento y preparación. Debemos confiar, pues, que ellos sabrán conducir a sus alumnos por los seguros senderos de la ciencia y enseñar, ya en la cátedra pública, ya en la intimidad del laboratorio o seminario, los métodos de investigación más adelantados que han de guiarlos al descubrimiento de la verdad. Ellos sabrán infiltrar en el alma de las generaciones estudiantiles el amor a la sabiduría, la suprema complacencia de la ciencia por la ciencia misma.

La creación de la docencia libre, será sin duda alguna un nuevo estímulo al celo y preparación del profesor, pues la noble competencia del saber acicateará las ambiciones intelectuales tanto del titular como del docente libre y este núcleo de profesores libres, debidamente alentado por nuevas reformas que vendrán sin duda a mejorar su condición actual, será un almacigo de titulares futuros.

Los estudiantes, por su parte, compenetrados de que su concurrencia a la Universidad responde a una libre y consciente elección de su voluntad, a un decidido impulso de sus aptitudes y aficiones científicas y no al solo prurito de ostentar un título materialmente fructífero o socialmente decorativo se entregarán con entusiasmo y decisión al estudio, facilitando y coadyuvando en la tarea del profesor. En el aula entonces se producirá el proceso de selección: los más tenaces en el trabajo, los de mayor capacidad, surgirán naturalmente y llegarán a ser nuevos manantiales de saber; aunque todos sin distinción recibirán en mayor o menor dosis los beneficios del espíritu científico.

En la unción y ciencia del profesor y en la sed espiritual del alumno radica, pues, la fuerza de la universidad; sin estas correlaciones la función educacional no es posible. La Universidad en sus orígenes no ha sido otra cosa que una agrupación voluntaria de hombres que se reunían con el alto propósito de enseñar los unos y de aprender los otros. Cuando la concurrencia a las clases, la disciplina del alumno o la tarea mental del mismo sea el resultado de la coacción de los reglamentos o de la vigilancia de los superiores, habrá degenerado la idea de Universidad para retrotraerse a la de escuela de primeras letras donde según el viejo y caduco aforismo "la letra con sangre entra".

Yo estoy seguro de que son las ideas generosas y grandes las que flotan dentro de este claustro universitario; que un anhelo de estudiar, de trabajar, de aprender, anima a todos los estudiantes de esta Facultad; que el espíritu de la ciencia se ha apoderado de todo: profesores y alumnos, y que en consecuencia la cátedra será un torneo científico, el seminario un foco de investigación, la biblioteca una

institución llena de vida. Si no fuera así se habrían malogrado los esfuerzos de la reacción.

Los frutos, pues, de estas nuevas orientaciones hay que esperarlos, desde que el proceso de evolución es lento y progresivo mal haya los apremios de los que quieren ver el árbol florecido apenas plantado.

Bien: rindámosle el homenaje debido a esta Universidad, madre intelectual de la cultura argentina. Las épocas han impreso un sello peculiar en su fisonomía. Bajo el régimen colonial fué ella una matrona de ceño adusto, herméticamente confinada en el mohoso interior de sus muros claustrales, cerrados a los vientos del mundo; no sonrió cariñosamente a sus hijos a quienes manejaba con la fría persuasión de su dialéctica inflexible. Bajo la organización nacional suavizó un poco su gesto austero, caldeó el ambiente de su casa solariega con los efluvios de su corazón democrático, y asomó a las calles por los resquicios de sus ventanales. Hoy ya ha dejado que el ruido de la vida penetre hasta sus más íntimos aposentos, que la realidad sature el aire que respira, que la luz de los hombres alumbré sus noches juntamente con la luz de las estrellas. Y sin rebajar un tanto la noble altivez de su dignidad, saldrá mañana en seguimiento de sus hijos, penetrará a templos de la justicia, subirá a la tribuna erigida en la plaza pública, recorrerá el taller, la fábrica, el tugurio, para ir dejando sus cálidos besos luminosos en todas las frentes que piensan y que luchan. Será, en una palabra, el cerebro y el corazón de la democracia argentina.

Fe de erratas.

En el artículo del Dr. Martiniano Leguizamón, "La leyenda de Lucía Miranda", inserto en el número correspondiente a marzo último de nuestra revista, se ha deslizado un error que nos apresuramos a salvar: en donde dice "Gaboto", debe leerse "CABOTO", así escrito por el autor de acuerdo con la verdadera grafía del apellido.

Facultad de Filosofía y Humanidades · U.N.C
 Biblioteca "Elma K. de Estrabou"
 Sec. Estudios Americanistas "Mons. P. CABRERA"